

rasen á llevar esta vida de la fe, no tendría ésta necesidad de ninguna otra justificación ante los hombres.

**7. El espíritu de la fe.**—El habitante de la ciudad que sólo ha visto la llanura sin fin, que no respira otro aire que las brumas de la hondonada cargadas de vapor y de humo, no comprende el espíritu del habitante de los Alpes. ¿Cómo este hombre, que no posee más que su cabaña construída en alturas estériles, puede considerar tan desdeñosamente como lo hace las magnificencias de la capital? ¿De dónde proviene esa rigidez en su carácter, esa reserva, por no decir esa desconfianza, para con los extraños? No es ni orgullo ni menosprecio por su parte, y, sin embargo, el ciudadano siente cierta repugnancia por él. Pero que ponga el pie en los Alpes, y al punto todo se esclarecerá para él. Entonces comprenderá de dónde proviene ese espíritu particular del hijo de la montaña; entonces se dará cuenta de que no es esto orgullo, sino antes bien el sentimiento de la verdadera grandeza. Ya no siente repugnancia alguna; en su corazón se despierta algo parecido á la envidia, y, sin embargo, sólo se ha formado una idea superficial del mundo sobre el cual ha lanzado una mirada. Si lo viese en todas las estaciones, si se familiarizase con sus sublimidades y sus terrores, su envidia se cambiaría en asombro y en admiración, y sentiría pena de vivir en otra parte.

Lo mismo absolutamente ocurre con el creyente en este mundo terrenal. El mundo se escandaliza de él, porque no comprende su espíritu, ni lo comprenderá, hasta que no aprenda á conocer su patria. La patria del cristiano es la fe, y ésta no se encuentra en el país de los que viven una vida cómoda. <sup>(1)</sup> Este país alpestre de la fe puede muy bien inspirar á un corazón muelle, por cortos instantes, un entusiasmo lleno de exaltación, cuando ve por primera vez los rayos del sol, invisible para él, iluminar las cumbres de las montañas. Pero permanecer en ellas, sentirse satisfecho en ellas, sólo es propio de un corazón habituado á las

(1) Job, XXVIII, 13.

inclemencias. El hijo del país, el verdadero cristiano, que ha aprendido á caminar en la fe y á vivir de la fe, ama tanto sus alturas y sus precipicios, sus aludes y sus tormentas, como sus lagos brillantes y sus cimas cubiertas de nieve, doradas por los últimos rayos del sol poniente.

Con sus trabajos y sus luchas, temple sus miembros en el aire puro de la fe y aguza sus sentidos. Animado por la fe, marcha por las alturas vertiginosas que dominan los precipicios, con tanta calma y seguridad, como por terreno llano. Las cimas que se ocultan en las nieves le son tan familiares como las flores que cultiva en su ventana. Los juegos pueriles con que se pierde el tiempo en el valle, la vida en el mundo, no interesan á su corazón, y si le ocurre poner el pie en un país ó en una casa donde no aletee el espíritu de la fe, un deseo ardiente le impulsa de nuevo á su patria que acaba de dejar, la fe. Sólo en la atmósfera donde reina la fe por modo viviente, encuentra la verdadera seriedad de la vida, aquél para quien la vida según la fe se ha convertido en una segunda naturaleza. Sólo en la vida de la fe, ve el mundo casi de un modo evidente la majestad de las cosas eternas. En ninguna parte ve tan claramente el espíritu la bajeza de las cosas terrestres, el valor de las cosas celestes y la poca distancia que separa las cosas del cielo, como allí donde la fe se ha convertido en vida.